

EL ALMIRANTE DE LA MAR OCEANA EN GRAN CANARIA

Creemos que los aldeanismos han quedado ya en total desplazamiento, en objeción inútil. Debemos esta certeza final a la perspicaz investigación del Dr. Rumeu de Armas al descubrir en los pleitos del hijo del Almirante la declaración de un Juan Bivas, natural de Gran Canaria, y de la conocida familia de su nombre, que asevera haber visto en nuestra isla, en nuestra ciudad, al gran almirante don Cristóbal Colón durante su estancia en ella en la travesía descubridora.

N. A.

No hemos soñado siquiera -ya lo hemos dicho- lograr una mediana solución del asunto y sus inextricables negros. Tampoco con asentar principios absolutos, llenos de ampulosa ridícula. En temas de historia- y en otros temas- quienes tal cosa pretendan deben demandar la ayuda del cielo o de un psiquiatra, que buena falta habrá de hacerles una u otra cosa.

Reconocemos que es difícilísimo-imposible mejor- aportar materiales nuevos a la bibliografía existente sobre el Almirante; a su vida y andanzas. Pero nadie nos podrá negar lo lógico de una actitud que intente enfocar con luces nuevas lo brumoso de ciertas zonas; de aquellas que al parecer tuvo más empeño el héroe inmenso e impulsivo que fué Colón-derramado eternamente de circunstancias humanísimas- en convertir en selvas del paso o exploración prácticamente imposible, repletas de hechos propicios a las más opuestas interpretaciones dentro de una desconcertante abstracción personal y de pensamiento.

El 6 de agosto, lunes, saltóse o desencajaron las hembras de los hierros del gobernador por malas artes de aquéllos, y el maestro, Martín Alonso, se vió en grave apuro;

los tripulantes se negaban a continuar el viaje en aquellas condiciones inseguras, y al Almirante -no sabemos por qué- le resultaba imposible ayudarles.

Mal que bien, arreglaron la avería con unas sogas, pero a la fecha siguiente, 7 de agosto, tornóse a saltar el timón. Con más cuerdas, y como Dios quiso, pudo Martín Alonso remediar el desconchavo y seguir adelante, pero desde ahora intentó poner proa a Lanzarote, en busca de remedio y garantía.

El miércoles, 8 de agosto, más sereno el tiempo -a lo que parece se había encrespado el día anterior-, hubo reunión de pilotos y en ella se cambiaron opiniones contrapuestas. Decían unos que se hallaban frente a Lanzarote, mientras otros -Colón con ellos- opinaban que era Gran Canaria la tierra que allí veían. Al decir de Las Casas y Don Fernando, la decisión del Almirante causó cierta tranquilidad a sus compañeros, pues era hombre que sabía imponer las propias opiniones sin dejar lugar a la duda contraria.

No obstante, la situación era poco agradable; "La Pinta", a más de tener roto el timón, comenzó a hacer agua descaradamente, y ante la ruina inminente del navío germinó en el

Jefe la idea de aproar a aquella nueva tierra, que sabía era Gran Canaria -dice Morison-, bien a cambiar "La Pinta" por otro navío capaz o bien a "repararla en un lugar donde hubiera facilidad para realizar trabajos de forja de hierro".

El lugar, lector, aun dando por seguro que a causa del desgobierno de "La Pinta" fue-se menester dejarla por aguas de Gando, no podía ser otro que el surgidero de la Villa del Real de Las Palmas, que entre las cosas de que se hallaba ufana era de su herrería, donde el primer herrero que acá tuvimos, Lope Hernández, monopolizaba cuanto a su arte hacía referencias, llegando a dar a la calle en que su oficina de forja se hallaba, y al barrio todo, el nombre de "la Herrería -o las "Herrerías" - que hasta la fecha y desde entonces conserva.

El jueves 9 de agosto ya no se tuvo duda por los reacios: el Almirante llevaba razón; era la de Gran Canaria la tierra que se veía, pero la calma exasperante que sucediera al tiempo borrascoso, impidió a la flota abordarla. Allí quedaron quietos los navíos hasta la noche del sábado, 11 de agosto de 1492, en que, aprovechando la brisa que comenzó a soplar se dió a la vela Colón rumbo a La Gomera, llavándose con él a "La Niña". Al partir dejó las instrucciones necesarias a Martín Alonso Pinzón, capitán de "La Pinta", para lo que habría de hacer una vez llegado a tierra -es decir, a Gran Canaria- por sus propios medios y rematada que fuere la reparación de su nave.

Adviertase que en la reunión celebrada por los pilotos y capitanes de la expedición, en la Almiranta, pese a la induda-

ble sapiencia de Martín Alonso, cuando es necesario fijar el lugar de forzoso arribo es el Almirante quien "sale más verdadero" al querer hacerlo en Gran Canaria -cuya costa, que sabe a la vista, sitúa con rigurosa exactitud- a fin de poder dejar allí a la "Pinta". Este prevalecer del criterio colombino frente al del tan avanzado piloto en las rutas canario-africanas como era Martín Alonso, es demostración del profundo -y misterioso- conocimiento que de nuestras aguas y riberas poseía Colón.

El Padre Las Casas, en el extracto que hizo del "Diario", no habla sino del arribo del Almirante a Gran Canaria. Luego, años más tarde, en su "Historia de las Indias", acaso por conocer ya lo que en la "Vida" de Colón cuenta su hijo o bien por conversaciones con testigos presenciales de la epopeya, señala el recalcar en Gando -él dice "Gauda" de la flota al arreglo de "La Pinta".

El párrafo que del famoso dominico transcribimos entraña que en Gran Canaria -no debe olvidarse que Tenerife se hallaba aún por conquistar-, cuya Villa del Real tenía unos quince años de fundada, contando ya con propia vida comercial y marinera, no solo existían elementos técnicos suficientes para "gobernar" los "hierros" del timón y las graves averías de "La Pinta", sino que hasta era posible hallar otra que sustituyera -para un viaje de fin misterioso- a la averiada "Pinta", e incluso gentes para ocupar las plazas de sus discípulos, reacios tripulantes, cosa ésta que, salvo en la ya metrópoli del archipiélago, sería inoperante buscar en ningún otro lugar de una isla con apenas tres lustros de incorporada a la civilización y sus adelantos.

En los "Diarios" -en sus resúmenes, para hablar con más exactitud- no aparecen referencias a las fechas 10 y 11 de agosto y puede que ni a la del propio día 9, que fue jueves. Ello se desprende de los citados textos de Las Casas y de Don Hernando, y sólo sabemos que

Colón, con su flota, avistó las costas de Gran Canaria el expresado día 9 de agosto, que por las calmas no pudieron llegar a ellas ni el 10 ni el 11 -viernes y sábado- y que fue en la noche del domingo siguiente, día 12, cuando anclaron la "Santa María" y "La Niña" en en aguas de San Sebastián de La Gomera.

Martín Alonso quedó con "La Pinta" por aguas del sur de nuestra isla; por Gando. En Gando aún existían los vestigios de aquella torre de que hablamos al comienzo de este ensayo, testigo de los intentos primeros de conquista de la isla, pero nada más. Acaso algunos restos de aborígenes por Tufia y sus alrededores y el viento amontonando jables y pelando los calveros de la llanura desolada.

Otra razón que pudiera explicar el interés del Almirante -impaciente acaso por la huída del buen tiempo- es la de que cuanto antes quisiera establecer contacto con las referencias que sobre el mundo de más allá de los mares señalaba la tradición como existentes en la población marinera de aquella isla, o acaso -¿por qué no?- por el amoroso hechizo que sobre su humanidad de hombre de pasiones concentradas y violentas pudiera haber ejercido la realidad de mujer de amor que nimbaba la figura de la capitosa, de la bellísima Doña Beatriz de Bobadilla.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, impelido por una fuerza ignorada y poderosa, Colón abandona en Gran Canaria al elemento importantísimo -vital casi- que para su empresa significaba "La Pinta" veletera, y hace el rumbo de La Gomera -¿qué día?- como si allí radicase la razón primordial de esta primera etapa de su Gran Navegación.

En algún sitio hemos leído que Hernando de Vera -cuyo padre, Pedro de Vera, ya estaba de regreso en Castilla tras su gobierno de Gran Canaria- había señalado a Colón la existencia de Doña Beatriz en La Gomera; esto pudiera explicar



Néstor

Alamo

la prisa agoniada del Almirante, ese su dejarlo todo en un afán de arribar al feudo de nuestra dama famosa.

Otra opinión, igualmente digna de ser atendida, es la de que Colón pudiera haber traído de su gran amiga, la Marquesa de Moya, y para su homónima y sobrina, la señora de La Gomera, cartas de presentación y solicitud de ayuda; esto parece admisible. No podemos soslayar que fue Doña Beatriz "la buena" una de las personas que más influyeron en el ánimo de la Reina para decidir a la empresa que proponía el Navegante; por ello es natural que viniendo Colón de la Corte, y su amistad y conocimiento con la Camarera Mayor, y ser tan cercana pariente de la poderosa confidente de la Reina la Señora de la última tierra conocida que habría de tocar antes de lanzarse a lo ignorado, no supiera a fondo de su presencia en el señorío y procurara asegurarse su favor y su ayuda, tan necesarios, y la alegría con que ésta se pondría

EL ALMIRANTE DE LA MAR OCEANA EN GRAN CANARIA

a las órdenes del protegido de la Reina y su favorita.

Por esta época, según Fernandez de Oviedo que lo conoció en Barcelona al regreso del Primer Viaje, el Almirante era "hombre de honestos parientes e vida, de buena estatua e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso; bien hablado, cauto e de gran ingenio, e gentil latino e doctísimo cosmógrafo; gracioso cuando quería; iracundo cuando se enojaba",

El retrato es perfecto, y si se tiene en cuenta el sentido diplomático que por fuerza había de desplegar Oviedo -hombre de Indias-, imposible de superar. Así pues, tenemos aquí el esquema de cómo era Colón al avistar las costas de Gran Canaria, a los cuarenta y un años de edad.

De seguir a Don Hernando, tan pronto fondeó la nao en la bahía de San Sebastián, envió su padre a tierra un batel. Llevaba el mensajero sus letras a la dama, y el encargo de ver si había algún navío aprovechable. Al alba del lunes regresó el enviado con noticias de que Doña Beatriz estaba para regresar a La Gomera de una hora a otra, desde Gran Canaria, adonde había hecho viaje. En cuanto a navío, el único de cierto porte que existía en la isla era el de un tal Grajeda, sevillano; precisamente aquel en que la velívola dama había hecho viaje a la Villa del Real de Las Palmas. Daba detalles de él: tenía unas cuarenta toneladas y "por ser a propósito para su viaje, podría tomarlo". Según Miguel Santiago, este navío había ido a la Villa del Real en misión oficial.

Por tanto, Colón, decide aguardar a Doña Beatriz y al navío. Espera dos días, es

decir, lunes y martes. 13 y 14 de agosto. En vista de que no se presentaban, envía a Gran Canaria, de los días 14 a 15, un aviso -dirigido a Martín Alonso- aprovechando un carabelón gomero que para nuestra isla zarpaba. Con él da cuenta al capitán de "La Pinta" de su presencia en aquella tierra y le envía un hombre para ayudarle a gobernar al daño de su carabela. Además le infunde alientos; el no ir con su persona a prestarle ayuda obedecía a que "La Gallega" -trocada ya en "Santa María"- apenas si podía navegar.



Pasa el tiempo y ni de Martín Alonso, ni del carabelón gomero ni de Doña Beatriz y su navío llegaban noticias al Almirante, que se desesperaba. Por ello, el 24 de agosto ya reparadas "La Niña" y la "Santa María" en La Gomera, decide regresar con ellas a las costas de Gran Canaria. En la ruta halló al carabelón, que no había podido aún llegar a nuestra isla por serle el viento contrario, y recoge de él al hombre que había enviado por ayuda a Pinzón.

En lo que toca a la estancia posible en Tenerife que insinúa Las Casas, ha quedado desvanecida ampliamente, no sólo por el hecho real (ya señalado) de hallarse aún por conquistar dicha isla, sino por el siguiente párrafo del texto de Don Hernando":

"Recogió al hombre que lo guiaba (al carabelón) y pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuya montaña se veían salir grandísimas llamas, de lo que maravillándose su gente les dió a entender el fundamento y la causa de tal fuego, com-

probando todo con el ejemplo del monte Etna de Sicilia y de otros muchos montes donde se veía lo mismo".

Como hemos dicho, el sábado 25 de agosto, es el día en que se halla rigurosamente probado que aporta Colón a Gran Canaria. Martín Alonso, con gran fatiga, había arribado a nuestra isla el día anterior, es decir el viernes 24. La averiada "Pinta", a causa del daño del timón y de las implacables "calmas", hubo de emplear quince días -del 9 al 24 de agosto- en lograr seguro, desde que la dejara frente a nuestra costa el Almirante. Ahora, el problema es éste: ¿en qué lugar de la isla se encontraron ese sábado, 25 de agosto de 1492, el Almirante y Martín Alonso Pinzón? ¿Fue en el Puerto de las Isletas, es decir, en la capital absoluta del Archipiélago; en Melenara, en Maspalomas o en Gando?

Por otra parte tenemos que, al narrar las andanzas de este Gran Viaje, Don Hernando sólo dice que su padre aportó "a la isla de la Gran Canaria". Al reseñar el viaje segundo, en que está probado que fue el de Las Isletas el puerto escogido nos dice igualmente que el Almirante "fondeó en la Gran Canaria"; por tanto, la versión de Las Casas señalando al cabo de tantos años de los sucesos la bahía de Gando por surgidero de Colón, queda muy disminuida en su autoridad; es decir, pudo haberse acogido "La Pinta" al segundo de Gando y su bahía, pero forzosamente tuvo que ser la Villa del Real donde hallara los elementos necesarios para hacer los nuevos "fierros" que su timón requería -inexistentes en el desierto aquel- y todas cuantas colaboraciones -ítan precisas a su empresa!- fuesen necesarias.

(Párrafos de "El Almirante de la Mar Océana en Gran Canaria")